

El casual arte visual de Andrés

Guillermo Tejeda

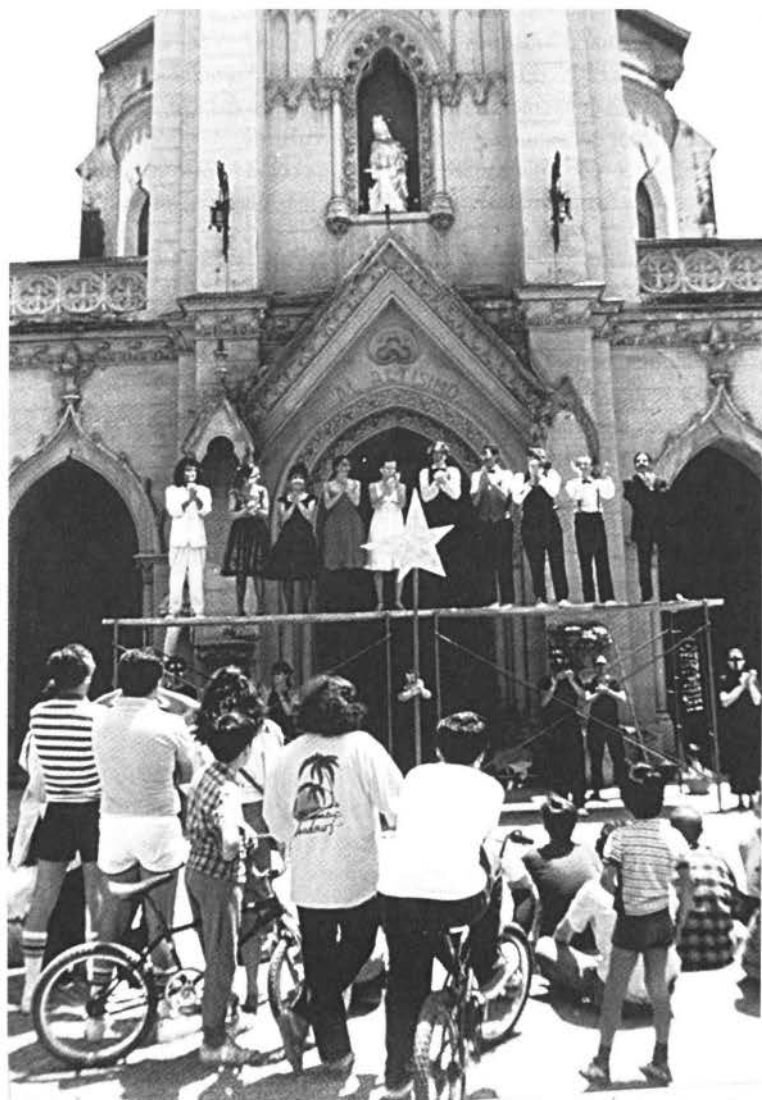
Diseñador

Profesor de la U. de Chile

Lo que trajo Andrés Pérez al regresar de Francia fue, quizá, lo mismo que se había llevado de Chile: el teatro callejero, el espectáculo de improvisación asomado apenas a algún escenario no demasiado creíble. Una terraza del cerro Santa Lucía, una carpa de circo, un viejo teatro abandonado de la calle San Diego, unos galpones ferrocarrileros de Matucana le sirvieron a él y a sus colaboradores para refundar el antiguo rito de la representación. La representación es siempre frágil, efímera, una evocación solemne de lo que no existe y a la vez nos llena el alma.

José Donoso hablaba (con un poco de malhumor) de la casa de Neruda en Bellavista, de esa capacidad del poeta para ver un barrio al que nadie tomaba en cuenta e instalar allí un lugar lleno de sentido. Esa misma capacidad natural la tenía Andrés Pérez. En lo que parecía un juego, entre risas y empujones, muy provisionalmente, logró abrir el entramado urbano santiaguino (a menudo tan mezquino, tan inseguro de sí), recuperando el valor de lo que muchos consideraban perdido y haciéndonos respirar un aire nuevo.

La alegría de Andrés Pérez parece incompatible con la seriedad lú-



Rodolfo Pulgar, Roxana Campos, Andrea Gaete, Ximena Rivas, María Izquierdo, Francisco Reyes, Willy Semler, Tito Bustamante, Aldo Parodi y Jaime Lorca en **Todos estos años**, creación colectiva. Dirección: Andrés Pérez. Teatro de calle, 1986.

gubre de los instaladores artísticos, pero quizás haya sido él, entre otras cosas, eso, un instalador. ¡Aquí, en este cerro, pondremos al puerto de San Antonio! ¡En este edificio, que se está cayendo, resucitaremos a Shakespeare! Y Shakespeare resucitaba,

un poco a lo compadre, y el puerto de San Antonio llegaba hasta nosotros.

La estética de Andrés Pérez, sus colores y dibujos, la materia de sus escenarios, los recursos de vestuario y utilería, impregnaron de modo incon-

fundible aquello que nos fue entregando. A través de su colaboración con escenógrafos, maquilladores y diseñadores de vestuario, logramos percibir, más que un estilo cerrado, un tanteo, un estado de ánimo sonriente.

El amor por el cachureo y lo disperso, el gusto por los recursos del viejo circo o de los organilleros, la afi-

nidad con lo casual, ponen a Pérez en línea con las aportaciones estéticas de Neruda, o de Nicanor Parra, o de la Violeta, o del *Taxi para tres* o incluso del *Rumpi*. Algo chileno, entrañablemente local, bulle en aquellos registros.

Tal como Almodóvar nos ha regalado, más que unas películas, un sis-

tema integral en donde caben música, forma, color, lenguaje, estilo, gesto y argumento, así también Andrés Pérez ha dejado con nosotros un entramado sutil de chaquetas a cuadros y bigotes pintados con corcho, un mundo un poco desordenado de muebles recogidos de alguna tía o de pequeños telones fotográficos callejeros.

De algún modo u otro, me ha tocado ser testigo de la trayectoria de Andrés y ver casi todas sus producciones. Quiero tratar de rescatar algunas imágenes y reflexiones que han quedado en mi memoria y revivir ciertos momentos significativos de *La huida*, su última creación.

Desde que asistí, en diciembre de 1988, al estreno de *La Negra Ester* en Puente Alto, a febrero de 2001, en que estrena *La huida* en las Bodegas de Matucana, se establece un ciclo marcado por una constante preocupación y obsesión por fundar y rescatar espacios para el teatro. Independientemente de tener una capacidad de convocatoria de distintos actores y creadores para generar una propuesta artística, frente a la carencia de espacios dignos para la actividad teatral, Andrés se caracterizó por tener un ojo especial para encontrar lugares y *sacramentarlos* para el teatro. Su sensibilidad lo hacía detectar espacios residuales o marginados de los circuitos oficiales, para luego dignificarlos con su creación. Con sus propias manos y el trabajo arduo de muchos amigos, los limpiaba y adecuaba para hacerlos acogedores y aptos para la representación.

Todos recordaremos ese primer ruedo circense en Puente Alto, que

los pelusas apedreaban o tajeaban, la reconquista del Teatro Esmeralda, la ocupación de la Casa Amarilla, la terraza del Cerro Santa Lucía, su Teatro Callejero que irrumpía vistosamente en distintos barrios de Santiago y por último, las Bodegas de Matucana. Todos estos lugares fueron tocados por el misticismo teatral y el ingenio de Andrés. Es verdad que muchas veces pasamos frío o había un grado de incomodidad por la falta de baños o dureza de las graderías, pero al final, salíamos cargados de entusiasmo por el acto de comunión en que habíamos participado y recomfortados por el vino caliente o las tibias sopaipillas.

Pero, además de ese talento para habitar los lugares, se va perfilando un talento para establecer espacios escenográficos con fuerza plástica y dramática. Su concepción para las

puestas en escena está íntimamente ligada a la propuesta espacial. A veces, en colaboración con diseñadores que le son leales hasta el fin, en otras ocasiones, con sus propias ideas, conjugando todos sus talentos. Como síntesis de esta capacidad y visión certera, se manifiesta la puesta en escena de *La huida*. Sin desmerecer el encantamiento de *La Negra Ester*, la que seguí muchas veces y en diferentes lugares, o *El desquite*, que cautivaba por su plasticidad y materialidad, creo que su último montaje es la obra de la madurez. En esta producción, se combinan magistralmente el Andrés Pérez autor, actor, director y artista plástico.

Quedé muy impactado por la fuerza y valentía del texto y por la interpretación del equipo. Pero también me gustó la simple concertación del espacio y de los elementos con-

Desde Puente Alto *Recuerdos fragmentados*

Ramón López C.

Escenógrafo y Director Teatral
Profesor Escuela de Teatro PUC

Y es que es en los detalles, en la mirada gacha que se posa desangeladamente sobre los objetos mudos, donde se juega la nostalgia.

Andrés Pérez fue el instalador sonriente de nuestra nostalgia.

En Andrés Pérez, hubo un persistente ánimo de recuperación patrimonial.

Sin discursos, más allá de seriedades analíticas, un poco como al pasar, él transformó nuestra idea de lo que es un escenario, no tanto trayéndonos algo más a la moda, sino reconduciéndonos a lo que siempre nos ha pertenecido. Como una brisa, su arte nos puso ante la vista un nuevo o un viejo país.

Hijo de la Universidad de Chile, su obra sólo se entiende en plenitud bajo la luz pagana, heroica y un poco triste de nuestros símbolos republicanos: el cerro Santa Lucía, la lucidez de los Parra, la tragedia de Allende, la Pégola de las Flores, los tiempos de Ibáñez. Y la Canción Nacional. ●

Alto a Matucana le una trayectoria

Escenografía diseñada por Juan Carlos Castillo para el **El desquite** de Roberto Parra. Dirección: Andrés Pérez, 1995.

